

El más extraño idilio
Comedia lírica en cuatro escenas

The game enforces smirks; but we have seen
the moon in lonely alleys make
a grail of laughter of an empty ash can
and through all sound of gaiety and quest
have heard a kitten in the wilderness.

El más extraño idilio
en cuatro escenas

Personajes

El HOMBRECILLO
La PATRONA
El ANCIANO (su suegro)
El BOXEADOR
NITCHEVO, el gato

Escena

Una habitación amueblada en una pequeña ciudad industrial del oeste medio de los Estados Unidos. Es semejante a cualquier habitación de este tipo, con la particularidad de que las paredes están cubiertas de inscripciones, firmas de anteriores ocupantes, hombres que vivieron allí algún tiempo y se marcharon a otros sitios parecidos, los trabajadores itinerantes, solteros, de una nación. Hay dos ventanas. Por una de ellas se ven las delicadas ramas de un árbol que cede sus hojas a los últimos días del otoño. Desde la otra ventana pueden verse las erizadas chimeneas de la gran fábrica de manufacturas que da vida a la ciudad.

arks; but we have seen
ys make
an empty ash can
of gaiety and quest
the wilderness.

Escena primera

(La patrona, una mujer gruesa de unos cuarenta años que anda y habla con una especie de poderosa indolencia, está enseñando la habitación a un posible huésped, el hombrecillo, moreno y de aspecto más delicado y nervioso del que suelen tener los trabajadores. Tan pronto como cruza el umbral detrás de la patrona su maleta, muy estropeada, se abre desparramándose por el suelo su contenido: camisas sucias, zapatos viejos, crema para limpiar calzado, un rosario.)

PATRONA (*Riendo*): ¡Vaya! ¡La maleta ha decidido!

HOMBRECILLO (*Agachándose para recoger los objetos esparcidos*): Lleva soltándose todo el día.

PATRONA: ¿Desde cuándo tiene usted esa maleta?

HOMBRECILLO: Desde que empecé a viajar.

PATRONA: ¡Debe ser usted Gulliver, entonces! Usted lo ha resistido mucho mejor que ella.

HOMBRECILLO (*Enderezándose*): No sé.

PATRONA: Con esas cuerdas tan gastadas no puede usted sujetarla.

en una pequeña ciudad de los Estados Unidos, en una habitación de este tipo, con esas paredes de colores que las paredes antiguas tenían, firmas de antepasados que vivieron allí algún día, en esos sitios parecidos, en esos sitios parecidos, solteros, de una naturaleza que una de ellas se ven en un árbol que cede sus frutos otoño. Desde la otra parte, desde las chimeneas de las casas que da vida a la

HOMBRECILLO (*Sonriendo tímida y tristemente*): No sé.

PATRONA (*Cruzando la habitación para levantar la persiana*): En cuanto a esta habitación..., espero que no sea usted supersticioso.

HOMBRECILLO: ¿Por qué?

PATRONA: En esta habitación vivió un hombre que tuvo una mala racha.

HOMBRECILLO: ¡Oh! ¿Qué le sucedió?

(*La PATRONA ve de repente al gato encima de la cama*)

PATRONA: ¿Y cómo entró aquí ese gato? Un pequeño misterio, ¿eh? Debe haberse subido al peral, dejándose caer después al tejado del porche y trepando por la ventana. (*El HOMBRECILLO deja en el suelo la maleta y se dirige al gato sonriendo. Lo coge con una gran ternura.*) Solía vivir en esta habitación con el ruso.

HOMBRECILLO: ¿Con quién?

PATRONA: El hombre que tuvo la mala racha. Yo le decía que se la había traído el gato.

HOMBRECILLO: ¿Se tenían cariño?

PATRONA: Nunca he visto un cariño igual.

HOMBRECILLO: Entonces el gato no pudo traerle mala suerte. Cuando se quiere no se puede dar mala suerte. ¿Cómo se llama?

PATRONA: Nitchevo.

HOMBRECILLO: ¿Cómo?

PATRONA: Nitchevo. Así es como él lo llamaba.

Un día me dijo lo que significaba esa palabra, pero lo he olvidado. Me fastidiaba.

HOMBRECILLO: ¿Qué?

PATRONA: Yo venía aquí a charlar. Las circunstancias en que me ha tocado vivir ponen a prueba a cualquiera. Llega un momento en que tengo que desahogarme. El sabía escuchar.

HOMBRECILLO: ¿El ruso?

PATRONA: Comprensivo, pero callado. Mientras yo hablaba, él se limitaba a mirar al gato.

HOMBRECILLO (*Sonriendo un poco*): ¿Y por eso usted no lo ve con buenos ojos?

PATRONA: No. (*Se sienta cómodamente en la cama.*) Le contaré la historia. El era ruso o algo así. Yo les llamo polacos. Ocupaba esta habitación antes de ponerse enfermo. Había encontrado al gato en el callejón, lo había traído a casa y le daba de comer y lo cuidaba, y hasta le dejaba dormir en su cama. Una costumbre poco higiénica esa de meter a los animales en la cama. ¿No cree usted? (*El HOMBRECILLO se encoge de hombros.*) Bueno..., el trabajo de la fábrica es malo, incluso para un hombre fuerte y robusto. El polaco perdió la salud. Cogió la tuberculosis. Consiguió no sé qué indemnización y decidió irse al Oeste. El gato..., él quería llevárselo. Por eso sí que no pasaba yo. Le dije que había desaparecido. Se marchó sin él. Ahora no puedo verme libre del muy puerco.

HOMBRECILLO: ¿El gato?

PATRONA: Ya le he echado dos veces agua fría cuando viene merodeando por aquí, buscándolo. ¿Ve usted cómo me mira? Odio. Odio fulminante. Igual que mira una mujer celosa a otra mujer. Creo que espera que él vuelva a casa.

HOMBRECILLO: ¿Volverá?

PATRONA: Nunca más.

HOMBRECILLO: ¿Murió?

PATRONA: Lo supe el dieciséis de enero. No había nadie a quién comunicárselo. (*El HOMBRECILLO asiente con una sonrisa triste y acaricia al gato.*) Hay quien dice que los animales entienden. Se lo dije esta mañana. No va a volver, está muerto. Pero no lo entiende.

de unos cuarenta años
decía de poderosa indo-
bitación a un posible
eno y de aspecto más
nelen tener los trabaja-
a el umbral detrás de
ropeada, se abre despa-
contenido: camisas su-
ra limpiar calzado, un

La maleta ha deci-

ira recoger los obje-
tándose todo el día.
e usted esa maleta?
cé a viajar.

lliver, entonces! Us-
nejor que ella.

: No sé.

1 gastadas no puede

callado. Mientras yo mirar al gato.

poco): ¿Y por eso ojos?

nodamente en la ca-
i. El era ruso o algo
Ocupaba esta habita-
termo. Había encon-
n, lo había traído a
lo cuidaba, y hasta
ma. Una costumbre
r a los animales en
(*El HOMBRECILLO se*
),..., el trabajo de la
a un hombre fuerte
ó la salud. Cogió la
sé qué indemniza-
l. El gato..., él que
le no pasaba yo. Le
l. Se marchó sin él.
e del muy puerco.

os veces agua fría
or aquí, buscándo-
a? Odio. Odio ful-
na mujer celosa a
era que él vuelva

le enero. No había
l. (*El HOMBRECILLO*
y acaricia al gato.)
ales entienden. Se
volver, está muer-

HOMBRECILLO: Yo creo que sí. Está triste. (*Soste-
niéndolo junto a su oído.*) Sí, le oigo llorar.

PATRONA: Usted también es un tipo raro. ¿Le con-
viene la habitación?

HOMBRECILLO: Es una habitación bonita.

PATRONA: ¿Con quién bromea usted?

HOMBRECILLO: Con usted. ¿Cuánto?

PATRONA: Tres cincuenta. Por adelantado.

HOMBRECILLO: Me quedaré, con la condición de
que...

PATRONA: ¿Qué condición?

HOMBRECILLO: Que pueda hacer lo mismo que el
ruso y tener al gato aquí conmigo.

PATRONA (*Haciendo una mueca*): Oh, de modo
que quiere usted hacer lo mismo que el ruso.

HOMBRECILLO: Sí.

PATRONA (*Arreglándose el pelo en el espejo roto*):
Mi marido es un inválido crónico. Un acciden-
te en la fábrica.

HOMBRECILLO: ¿Sí? Lo siento.

PATRONA: Codeína todos los días. Cincuenta cen-
tavos me cuesta cada píldora. No me importaría
con tal de que él no fuera también una buena
píldora algunas veces. ¿Pero quién puede ver
sufrir a una persona?

HOMBRECILLO: Nadie.

PATRONA: Eso es lo que yo digo. Bueno, pues...
el ruso solía ayudarme en el trabajo más duro
de la casa.

HOMBRECILLO: Ya.

PATRONA: ¿Cuántos años tiene usted? ¿A qué lo
acierto? ¿Treinta y cinco?

HOMBRECILLO: Ajá. Más o menos.

PATRONA: ¿Italiano?

HOMBRECILLO: Ajá.

PATRONA: ¿No pensará usted que soy una adivi-
na? Mi padre era gitano. Me enseñó muchas
canciones gitanas. Me decía: «Bella, tienes nue-

ve partes de música ¡y el resto es picardía de
mujer!» (*Le sonríe.*) Ese instrumento colgado
de la pared es una balalaika. Una noche ven-
dré aquí a distraerle.

HOMBRECILLO: Muy bien. La oí cantar al llegar a
la casa. Por eso me paré.
(*Ella sonríe de nuevo y se queda como espe-
rando*)

PATRONA: Le llamaré Musso. Musso de Mussolini.
¿Tiene usted un empleo?

HOMBRECILLO: Todavía no.

PATRONA: Baje a la fábrica y pregunte por Oliver
Woodson.

HOMBRECILLO: ¿Oliver Woodson?

PATRONA: Dígale que va de parte de la señora
Gallaway. Le pondrá en seguida en la nómina.

HOMBRECILLO: Bueno. Gracias.

PATRONA: La ropa se cambia los lunes. (*Inicia la
salida.*) Tengo que disculparme por el estado
en que están las paredes.

HOMBRECILLO: Ya me di cuenta. ¿Quién las puso
así?

PATRONA: Todos los hombres que pasaron por
aquí escribieron su nombre.

HOMBRECILLO: Deben haber sido muchos.

PATRONA: Aves de paso. ¿Intentó usted contarlas
alguna vez? Desazón..., cambios.

HOMBRECILLO (*Sonriendo*): Sí.

PATRONA: Una diría que un hombre que tiene la
paga en el bolsillo tiene algo mejor que hacer
que poner su nombre en las paredes de una
habitación alquilada.

HOMBRECILLO: ¿Está también ahí el nombre del
ruso?

PATRONA: Su nombre no. No sabía escribir. Pero
sí está su retrato. ¡Ahí! (*Señala un dibujo in-
fantil de un hombre muy grande.*) Y a su lado,

resto es picardía de
nstrumento colgado
ka. Una noche ven-

í cantar al llegar a

queda como espe-

Musso de Mussolini.

pregunte por Oliver

1?
parte de la señora
uida en la nómina.

os lunes. (Inicia la
rme por el estado

¿Quién las puso

que pasaron por

muchos.
tó usted contarlas
ios.

mbre que tiene la
mejor que hacer
paredes de una

hi el nombre del

bía escribir. Pero
ala un dibujo in-
ide.) Y a su lado,

mire, el rabo..., los bigotes..., ¡el gato! (*Ríen los dos.*) Compañeros de fatigas, ¿eh?

HOMBRECILLO: ¿Era un hombre alto y grande?

PATRONA: ¡Enorme! Pero cuando el microbio de la enfermedad le atacó, se hundió como una viga podrida... Las estadísticas demuestran que los hombres casados viven más tiempo. Le diré por qué. (*Se estira la blusa y se ajusta el cinturón.*) Los hombres que viven solos... adquieren costumbres peculiares. Toda esa parte de su vida que debería llenarse con las cosas de la familia se queda... vacía. ¿Usted me entiende?

HOMBRECILLO: ¿Sí?

PATRONA: Bueno, pues... la llenan con sustituti-
vos. Una vez tuve un huésped que iba al cine
todas las noches. Siempre llevaba consigo una
cartera. ¡Adivine lo que llevaba en ella!

HOMBRECILLO: ¿Qué?

PATRONA: Rollos de papel higiénico para sentarse
en el inodoro. (*El HOMBRECILLO desvía la mira-
da con embarazo.*) Un maniático de la higiene.
Otro huésped tenía un par de zapatillas de fieltro
que eran su tesoro.

HOMBRECILLO: ¿Un par... de...?

PATRONA: Zapatillas. De fieltro gris corriente. No
tenían nada de pintoresco. Salvo una cosa: ¡el
olor! Casi insoportable al cabo de quince años,
el tiempo que debió llevarlas, según mis cálcu-
los. Bueno, pues las zapatillas desaparecieron...
por una feliz casualidad, como suele decirse.
¡Cielo santo! ¿Cómo iba yo a imaginarme que
se moriría de desconsuelo? ¡Poco le faltó!
(*Ríe.*) No podía vivir sin aquellas zapatillas de
fieltro. (*Se vuelve hacia la pared.*) Un día voy
a coger un estropajo de alambre y una pastilla
de jabón y voy a dejar estas paredes tan lim-

pias como estaban antes de que llegara el pri-
mer huésped.

(*Se abre la puerta. Entra el ANCIANO. Se parece a Walt Whitman*)

ANCIANO: No debes hacer eso, hija.

PATRONA: Ah. Es usted. ¿Por qué no?

ANCIANO: Esos nombres son sus pequeños intentos de dejar memoria. Sus modestas pretensiones de inmortalidad, hija. No los borres. Incluso el gorrión... deja como recuerdo un nido vacío. ¿No es verdad, muchacho?

HOMBRECILLO: Sí.

ANCIANO: Las cataratas han empezado a... (*Mueve la mano por delante de sus ojos casi ciegos.*)
No sé muy bien dónde está usted.

HOMBRECILLO (*Tendiéndole la mano*): Aquí.

ANCIANO: Que le sea grata su estancia aquí. Aunque sea corta. ¡Y escriba su nombre en la pared! No se le olvidará.

PATRONA: Ya basta, padre.

ANCIANO: Sólo busco alguna botella vacía. ¿Tiene usted alguna?

PATRONA: ¿Cómo va a tener botellas vacías? Acaba de mudarse.

ANCIANO: Las cambio en la Bright Spot Delicatessen. Volveré después para terminar nuestra conversación.

(*Sale*)
PATRONA: Mi suegro. No le haga caso, le dará la lata. (*Se lleva un dedo a la frente.*) ¡Alcohólico..., ido!

HOMBRECILLO (*Hundiéndose en la cama y cogiendo otra vez al gato*): Estoy cansado.

PATRONA: Espero que se sienta cómodo aquí. Creo que eso es todo.

HOMBRECILLO: ¿Oliver Woodson?

PATRONA (*En la puerta*): Ah, sí, Oliver Woodson.
(*Sale. El HOMBRECILLO se levanta y saca del bol-*)

de que llegara el pri-
el ANCIANO. *Se parece*

o, hija.
¿qué no?
sus pequeños inten-
modestas pretensio-
No los borres. Inclu-
o recuerdo un nido
tacho?

empezado a... (*Mue-
sus ojos casi ciegos.*)
á usted.
mano): Aquí.
estancia aquí. Aun-
su nombre en la pa-

botella vacía. ¿Tiene

botellas vacías? Aca-

right Spot Delicate-
a terminar nuestra

(*Sale*)
ga caso, le dará la
frente.) ¡Alcohóli-

la cama y cogiendo
isado.

cómodo aquí. Creo

¿?
í, Oliver Woodson.
inta y saca del bol-

*sillo un lápiz muy gastado. Sonriendo un poco
va hacia la pared y dibuja, debajo del gran
autorretrato elíptico del ruso, su propia figura
desmirriada en unos cuantos trazos rápidos de
lápiz. Debajo del dibujo del gato hace una mar-
ca muy señalada. Después sonríe al gato y se
echa a un lado para estudiarlo)*

Telón

Escena segunda

(Una noche de invierno del mismo año, bastante tar-
de. En la habitación no hay nadie más que el gato.
A través de los helados cristales de la ventana de la
pared de la izquierda entra la acerada claridad de la
luna invernal. Por la ventana de la pared de la derecha
se ve el fluctuante resplandor rojizo de la fábrica y se
oye débilmente el rumor de sus pulsaciones. Entra el
hombrecillo y enciende la bombilla que cuelga del
techo. Lleva un paquete pequeño. Sonríe a Nitchevo
y deshace el paquete. Es una pequeña botella de leche.
Se la enseña al gato.)

HOMBRECILLO: Un momento. (*Baja la persiana de
la ventana que da a la fábrica.*) Ahora. Olvide-
mos la fábrica. (*Pone la leche en un platillo
azul.*) Eso es. La cena. (*Lo pone en el suelo
junto a la cama y se sienta para ver comer al
gato.*) Nitchevo, no te pongas nervioso. No hay
por qué preocuparse. En invierno se me ponen
las manos tiesas, me vuelvo desmañado. Pero
puedo frotármelas, puedo darme masaje en las
articulaciones. Y cuando venga el buen tiempo
se me pasará esta rigidez. Entonces ya no vol-

veré a atascar la máquina. Hoy el señor Woodson se puso furioso. ¡Me dio unos gritos! Porque mis dedos torpes atascaron la máquina. Se puso detrás de mí, me miró y gruñó..., ¡así! *(Da un gruñido amenazador.)* ¡Oh, fue como si me clavaran un cuchillo entre las costillas! Porque, verás, yo... tengo que conservar este empleo para traerte la cena. ¡Empecé a temblar! ¡Así! *(Imita el temblor.)* Y él siguió de pie detrás de mí, observándome y gruñendo. Mis manos iban cada vez más a prisa, más a prisa, rompieron el ritmo. ¡Y de repente, una pieza puesta fuera de su sitio, la máquina se atasca, la cinta transportadora se para! ¡Aaaaaaaa! ¡Todos los hombres de la hilera me miraron! ¡Los de delante y los de detrás, a todo lo largo de la fila, se volvieron y me miraron! ¡El señor Woodson me agarró por el hombro! «¡Tú tenías que ser —me dijo—, italiano desmanotado! ¡Parando el trabajo otra vez, desgraciado imbécil!» *(Se tapa la cara.)* Oh, Nitchevo... Perdí mi dignidad... Lloré... *(Toma aliento en un sollozo estremecido.)* ¡Pero ahora olvidémoslo, por fortuna se acabó! Es de noche, estamos solos y juntos... Se está caliente en la habitación... Vamos a dormir...

(Se quita la camisa y se echa de espaldas en la cama. Llamam a la puerta y se incorpora rápidamente. Hace un gesto de advertencia al gato. Pero la persona que llama no se desanima fácilmente. Se repite la llamada y se abre la puerta. Es la PATRONA, vestida con una negligée llena de manchas, pero elegante)

PATRONA *(En un tono resentido, pero melifluo):* ¡Oh...! Se hacía usted el dormido.

HOMBRECILLO: No... estoy vestido.

PATRONA: No tiene por qué darle vergüenza de mí. Pensé que había salido y se había dejado la luz

de la habitación encendida. Tenemos que economizar electricidad.

HOMBRECILLO: Siempre la apago cuando salgo.

PATRONA: No creo que salga usted nunca, excepto para ir a la fábrica.

HOMBRECILLO: Estoy en el turno de noche, ahora.

PATRONA: El turno del cementerio, lo llaman.

¿Qué le ha pasado con Oliver Woodson?

HOMBRECILLO: ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué?

PATRONA: Me lo encontré en la Bright Spot Delicatessen. «Oh, por cierto —le dije yo—, ¿qué

tal aquel hombre que te mandé, aquel italiano?»

«Ah, ése», dijo el señor Woodson. «Dime, ¿qué

pasa con él? ¿No lo hace bien?» «No, para el

trabajo.» «Bueno —le dije yo—, dale tiempo.

Yo creo que es nervioso. Quizá se esfuerza de-

masiado.»

HOMBRECILLO: ¿Y qué dijo él?

PATRONA: Nada, dio un gruñido. *(Sonríe. El HOMBRECILLO vierte el resto de la leche en el platillo*

del gato. Está temblando.) Debe usted procurar

dominar sus nervios. Tal vez lo que necesita

es un poco de distracción. *(Se sienta en el borde*

de de la cama, con la balalaika.) ¡Siéntese!

¡Hay sitio para los dos en este sofá! *(Aplana*

el espacio que hay junto a ella. El se sienta

encogido, a considerable distancia. Entreceza

con desasosiego las manos. Ella toca un acorde

suave en la balalaika y canturrea mirando de

soslayo al nervioso huésped.) ¿Cansado?

HOMBRECILLO: Sí.

PATRONA: Algunas noches le oigo hablar a través

de la puerta. Con quién habla, pensaba yo.

(Con una risita.) Al principio creía que había

traído usted una mujer. Yo soy tolerante. Sé

que la gente necesita algo más que comida y

algo más que trabajo en la fábrica. *(Toca, abs-*

traída por un momento.) Por eso, cuando oía

...smo año, bastante tarde más que el gato. ...es de la ventana de la ...acerada claridad de la ...la pared de la derecha ...jizo de la fábrica y se ...pulsaciones. Entra el ...nbilla que cuelga del ...ío. Sonríe a Nitchevo ...queña botella de leche.

Baja la persiana de ...ica.) Ahora. Olvide ...che en un platillo ...pone en el suelo ...para ver comer al ...is nervioso. No hay ...tierno se me ponen ...desmañado. Pero ...irme masaje en las ...iga el buen tiempo ...ntonces ya no vol-

a. Tenemos que eco-
ago cuando salgo.
usted nunca, excepto

no de noche, ahora.
enterio, lo llaman.
iver Woodson?
asado? ¿Por qué?
la Bright Spot De-
—le dije yo—, ¿qué
ndé, aquel italiano?»
odson. «Dime, ¿qué
bien?» «No, para el
yo—, dale tiempo.
uizá se esfuerza de-

do. (Sonríe. El HOM-
i leche en el platillo
Debe usted procurar
vez lo que necesita
Se sienta en el bor-
lalaika.) ¡Siéntese!
este sofá! (Aplana
ella. El se sienta
stancia. Entrecruza
Ella toca un acorde
iturrea mirando de
) ¿Cansado?

igo hablar a través
habla, pensaba yo.
io creía que había
soy tolerante. Sé
más que comida y
ábrica. (Toca, abs-
or eso, cuando oía

esas conversaciones me alegraba. Me decía:
«Ese hombre solitario ha encontrado una mu-
jer.» Únicamente me preocupaba que fuese una
mujer pescada..., ya sabe usted, en la calle.
Esas mujeres no suelen ser muy limpias. La hi-
giene femenina es mucho más complicada.
Bien...

(El HOMBRECILLO mira al suelo muerto de azo-
ramiento)

HOMBRECILLO: No era... una mujer.

PATRONA: Ya lo sé. Lo averigüé. Estaba usted solo.
¡Hablando solo con un gato! Divertido, sí, pero
un poco lamentable también. Usted, un hom-
bre que todavía no ha llegado a la edad ma-
dura, dedicando tanta atención, tanto tiempo
y tanto afecto... ¿a qué? ¡A un gato callejero
perdido que heredó por casualidad del hombre
que ocupó la habitación antes que usted, aquel
ruso loco! El más extraño idilio..., un hom-
bre... ¡y un gato! Lo que nunca se debe hacer es
no escuchar a la naturaleza. La naturaleza dice:
«El hombre debe tomar una mujer o... estar
solo.» (Con una sonrisa acariciadora y corrién-
dose un poco hacia él.) Pero la naturaleza nun-
ca ha dicho: «El hombre debe tomar un gato».

HOMBRECILLO (De repente, levantándose torpemen-
te): A mí la naturaleza nunca me ha dicho nada.

PATRONA (Con impaciencia): ¡Porque no la habrá
escuchado!

HOMBRECILLO: Sí que la he escuchado. ¡Pero lo úni-
co que oigo es mi propia voz haciéndome pre-
guntas molestas!

PATRONA: Usted me oye, ¿no?

HOMBRECILLO: La oigo cantar algunas veces cuan-
do vuelvo a casa. Es muy agradable. Me gusta.

PATRONA: Entonces, ¿por qué no entra usted en
el salón y charlamos un poco? ¿Por qué es us-
ted tan vergonzoso? (Poniéndose de pie tras

él.) Podríamos charlar, pasarlo bien. Cuando
tomó usted esta habitación me dio una falsa
impresión.

HOMBRECILLO: ¿Qué quiere usted decir?

PATRONA: ¿Ha olvidado la conversación que tu-
vimos?

HOMBRECILLO: No recuerdo ninguna conversación.

PATRONA: Dijo usted que deseaba hacer lo mismo
que el ruso.

HOMBRECILLO: ¡Me refería al gato, quedarme con él!

PATRONA: ¡Yo le dije que él también me ayudaba
en el trabajo de la casa!

HOMBRECILLO: ¡Ahora estoy en el turno de noche!

PATRONA: ¡Déjese de evasivas! (Hay una pausa y
después ella le pone la mano en el hombro.)

Creí que le había explicado bien las cosas. ¡Mi
marido es un inválido, codeína dos veces al día!
Naturalmente, yo... ¡tengo que desahogarme!
(El HOMBRECILLO se separa de ella, nervioso. Ella
continúa, agobiante, levantando la mano para
apagar la bombilla.) Así... está mejor, ¿verdad?

HOMBRECILLO: No lo sé... con seguridad.

PATRONA: ¿No está contento con la habitación?

HOMBRECILLO: Sí, me gusta.

PATRONA: Tenía la impresión de que no estaba a
gusto en ella.

HOMBRECILLO: Esta habitación es mi hogar. Me
gusta.

PATRONA: ¡Cómo evita usted toda conversación...,
pasa casi corriendo por la entrada todas las
noches! ¿Por qué no charlamos? ¿Le comió la
lengua el gato?

HOMBRECILLO: Usted no me habla... a mí.

PATRONA: ¡Le estoy hablando a usted... directa-
mente!

HOMBRECILLO: A mí, no.

PATRONA: ¡Usted! ¡Yo! ¿Dónde está el tercero?

HOMBRECILLO: No hay segundo.

pasarlo bien. Cuando
 ón me dio una falsa

sted decir?
 conversación que tu-

ninguna conversación.
 eaba hacer lo mismo

ato, quedarme con él!
 también me ayudaba

n el turno de noche!
 s! (*Hay una pausa y
 iano en el hombro.*)
 o bien las cosas. ¡Mi
 ñina dos veces al día!
 o que desahogarme!
 le ella, nervioso. Ella
 tando la mano para
 está mejor, ¿verdad?
 seguridad.
 con la habitación?

de que no estaba a

n es mi hogar. Me

toda conversación...,
 a entrada todas las
 amos? ¿Le comió la

abla... a mí.
 o a usted... directa-

nde está el tercero?
 o.

HOMBRECILLO (*Acercándole una*): Aquí.

ANCIANO: Gracias. Me voy en seguida.

HOMBRECILLO: Puede usted estar todo el tiempo
 que quiera.

ANCIANO: Es usted muy amable. Pero no me que-
 daré. Sé que soy muy pesado, un viejo pesado
 que molesta a la gente con su necesidad de
 compañía. ¿No tendrá usted... un poco de
 tabaco?

HOMBRECILLO (*Sacando un poco*): Sí..., aquí está.
 ¿Quiere que se lo líe?

ANCIANO: Oh, no, no. Tengo los dedos muy ágiles.

HOMBRECILLO: Los míos tiemblan, siempre están
 entumecidos.

ANCIANO: Sí. Sé lo que es eso. Por eso... vine a
 verle. Pensé que podríamos charlar un poco.

HOMBRECILLO (*Incómodo*): Yo no... hablo mucho.

ANCIANO: Los tontos no soportan el silencio. A mí
 me gusta. Veo que tiene usted libros. ¿De la
 biblioteca pública?

HOMBRECILLO: Uno o dos. Son míos.

ANCIANO: Cuando pasaba por la puerta oí un
 chasquido.

HOMBRECILLO: ¿Chasquido?

ANCIANO: Sí, como de botellas. Yo recojo botellas
 vacías que cambio en la Delicatessen.

HOMBRECILLO: La botella que oyó usted fue un bo-
 tellín de leche. Está debajo de la cama.

ANCIANO: ¡Oh! Esas no sirven. ¿Toma usted leche?

HOMBRECILLO: El gato.

ANCIANO (*Moviendo la cabeza*): ¡Ohhh, de modo
 que está aquí el gato! ¡Eso es lo que da a la
 habitación un ambiente tan grato y apacible!
 Nítchevo..., ¿dónde estás?

HOMBRECILLO: Está cenando.

ANCIANO: Bien, no le diré nada hasta que haya
 terminado. ¿Le gustan a usted los animales?

HOMBRECILLO: Sólo Nítchevo.

ANCIANO: Tenga cuidado.

HOMBRECILLO: ¿De qué?

ANCIANO: Podría usted perderlo. Eso es lo malo
 que tiene el tomarle cariño a algo, la posibili-
 dad de perderlo.

HOMBRECILLO: Nítchevo no me abandonaría.

ANCIANO: Es posible que no quiera abandonarle.
 Pero la vida está llena de accidentes, azares,
 posibilidades, no siempre favorables. ¿Sabía
 usted eso?

HOMBRECILLO: Sí.

ANCIANO: Puede atropellarle un camión.

HOMBRECILLO: Nítchevo se crió en la calle.

ANCIANO: Los lujos de su vida actual pueden ha-
 ber embotado un poco sus facultades.

HOMBRECILLO: No conoce usted a Nítchevo. No ha
 olvidado lo peligrosa que puede ser la vida para
 una persona sola.

ANCIANO: ¡Pero no tiene en sus manos el control
 del universo!

HOMBRECILLO: No. ¿Por qué había de tenerlo?

ANCIANO: Pueden suceder otras cosas. ¿Trabaja
 usted en la fábrica?

HOMBRECILLO: Sí.

ANCIANO (*A sus ojos nublados asoma una luz fa-
 nática*): ¡Ajá! Conozco a los tipos que dirigen
 la fábrica, conozco a los jefes. Ellos saben que
 yo también los conozco. Saben que conozco sus
 trucos. Por eso me odian. Mire. Suponga que
 la demanda de lo que ellos fabrican disminu-
 ye. Pueden hacer dos cosas. Bajar los precios,
 poniendo así el producto al alcance de más con-
 sumidores. ¡Oiga! He leído libros sobre la cues-
 tion. Pero no. Pueden hacer otra cosa. Pueden
 reducir el número de cosas que hacen..., ¡crear
 una escasez! ¿Ve? ¡Y subir los precios aún
 más! ¡Y de ese modo mantener el margen de
 beneficios de los ricos! ¿Qué cree usted que

erlo. Eso es lo malo
lo a algo, la posibili-

e abandonaría.
quiera abandonarle.
e accidentes, azares,
favorables. ¿Sabía

in camión.
ó en la calle.
a actual pueden ha-
facultades.

l a Nitchevo. No ha
uede ser la vida para

is manos el control
bía de tenerlo?
as cosas. ¿Trabaja

asoma una luz fa-
s tipos que dirigen
s. Ellos saben que
n que conozco sus
fire. Suponga que
fabrican disminu-
Bajar los precios,
cance de más con-
bros sobre la cues-
otra cosa. Pueden
ie hacen..., ¡crear
los precios aún
ner el margen de
é cree usted que

harán? ¡Dios Todopoderoso... Nitchevo sabe la
respuesta! ¡Harán lo que han hecho siempre!
(*Ríe entre dientes y se levanta, empezando a
cantar con voz bronca y cascada.*)

Arriba, arriba los beneficios
Vosotros, paniaguados del patrono,
Elevad los reales beneficios,
No deben sufrir merma.

(*Se oye un golpeteo en la pared y una voz de
protesta fuera*)

HOMBRECILLO: Molestamos a la señora O'Fallon.
ANCIANO: Sí, sí. Lo que reducirán será la produc-
ción. Se necesitarán menos hombres cada día
para hacer funcionar las máquinas. Habrá cada
día menos en la cinta transportadora. Serán
cada día más los trabajadores que caigan en
manos de la beneficencia. Se pierde la indepen-
dencia...; después, el orgullo...; después, la es-
peranza. Por último, se pierde hasta la capa-
cidad del alma para sentir vergüenza o deses-
peración o algo. ¿Qué es lo que queda? Un ser
como yo, cuya necesidad de compañía se ha
convertido en una molestia para la gente. Bue-
no, pues en algún eslabón de la cadena de des-
gracias... ¡está el gato!

HOMBRECILLO: ¿Nitchevo?

ANCIANO (*Asintiendo con aire de sagacidad*): Ya
no puede usted comprarle la leche.

HOMBRECILLO: ¿Y bien?

ANCIANO: ¡Los gatos son caprichosos!

HOMBRECILLO: Este no es un amigo de los buenos
tiempos.

ANCIANO: ¿Cree usted que le sería fiel? ¿Incluso
en la adversidad?

HOMBRECILLO: Me sería fiel.

ANCIANO (*Se le alegra la cara poco a poco*):
¡Magnífico! ¡Magnífico! (*Se toca los párpados.*)

¡Qué hermosa confianza! Una rara y hermosa
confianza. Casi me hace llorar. Es lo más per-
fecto que puede dar la vida.

HOMBRECILLO: ¿Qué?

ANCIANO: La comprensión afectuosa y total de dos
o tres seres entre las cuatro paredes de una ha-
bitación con las ventanas cerradas al mundo.

HOMBRECILLO (*Asintiendo*): Sí.

ANCIANO (*Alternativamente manso y vociferante*):

El tejado es delgado. Por encima de él, la enor-
me y resplandeciente rueda del cielo que nos
habla de un misterio. Finas..., invisibles..., ma-
ravillosas cuerdas nos ligan a él. Y así estamos
salvados, purificados y glorificados. Nosotros
tres. ¡Usted y yo y... Nitchevo, el gato! (*Lo le-
vanta hasta su oído.*) ¡Escuche! ¡Ronronea!
¡Mmmm!, qué sonido tan suave y tan dulce y
tan potente. ¡Es el alma del universo... palpi-
tando en él! (*Se lo devuelve al HOMBRECILLO.*)
Tómelo y no lo suelte. No permita que se sepa-
re de usted. Porque mientras estén juntos... nin-
guna de las fuerzas del mal en la tierra podrán
destruirles. ¡Ni siquiera ese niño estúpido que
es el azar, ni los lobos enloquecidos e insacia-
bles que hay en los corazones de los hombres!
(*El sonido de la protesta exterior aumenta de
volumen. Se oye el ruido de una ventana al
abrirse, y una mujer que llama a un policía.*)
ANCIANO se dirige a la ventana que da a la fábr-
ca. Sube la persiana y el flameante resplandor
rojo de las palpitantes forjas brilla sobre su
rostro barbudo.) ¡Ahí está!

HOMBRECILLO: ¿La fábrica?

ANCIANO: Ajá. (*En un tono tranquilo, de conver-
sación normal.*) Antecayer bajé a la fábrica. Pedí
un empleo al encargado. «Oliver Woodson
—le dije—, esta empresa es demasiado grande
para que yo pueda luchar contra ella. Vengo

Una rara y hermosa
 orar. Es lo más per-
 la.

tuosa y total de dos
 paredes de una ha-
 cerradas al mundo.

anso y vociferante):
 encima de él, la enor-
 del cielo que nos
 ..., invisibles..., ma-
 a él. Y así estamos
 rificados. Nosotros
 vo, el gato! (Lo le-
 cuche! ¡Ronronea!
 suave y tan dulce y
 el universo... palpi-
 ve al HOMBRECILLO.)
 ermita que se sepa-
 estén juntos... nin-
 en la tierra podrán
 niño estúpido que
 quecidos e insacia-
 s de los hombres!
 terior aumenta de
 le una ventana al
 na a un policía. El
 que da a la fábrica
 neante resplandor
 is brilla sobre su

nguido, de conver-
 a la fábrica. Pedí
 «Oliver Woodson
 demasiado grande
 ontra ella. Vengo

con la rama de olivo. Quiero un empleo.» «Es
 usted demasiado viejo», me dijo. «No importa
 —le contesté yo—. Tómame el nombre.»
 «Pero, abuelo —me replicó—, está usted casi
 ciego.» «No importa —repetí yo—. Tómame el
 nombre.» «Conforme, abuelo —dijo Oliver
 Woodson—. ¿Cómo se llama usted?» «Me llamo
 Hombre —respondí—. Me llamo Hombre. Hom-
 bre es mi nombre —le dije—, se escribe *H-o-m-
 b-r-e*.» «Muy bien —dijo Oliver Woodson—.
 ¿Dónde vive usted?» «Vivo en una cruz», le dije
 yo. «¿En dónde?» «¡En una cruz! ¡Vivo en una
 cruz! (Elevando cada vez más la voz.) Codicia
 y Estupidez, esos son los dos brazos de la cruz
 en que me habéis clavado. ¡Estupidez y Codi-
 cia, esos son los dos brazos de la cruz en que
 me habéis clavado!»

HOMBRECILLO: ¿Y qué dijo él entonces? ¡El en-
 cargado!

ANCIANO: ¿El encargado? Dijo: «¡Cállate, estate
 quieto! ¡Voy a hacer venir la furgoneta!»

VOZ DE MUJER (Gritando desde el pasillo): ¡No
 estoy dispuesta a vivir en la misma casa que
 un loco! ¡He llamado a la Policía y van a venir
 con la furgoneta!

HOMBRECILLO (Tristemente): Va a hacer venir la
 furgoneta.

ANCIANO: ¡Ya está! ¿Lo ve? Yo hablo en nombre
 del pueblo. Ellos llaman a la furgoneta para que
 me lleven. No importa. Tómeme el nombre.
 ¡Me llamo Hombre! (Se asoma a la ventana y
 levanta el puño amenazadoramente en dirección
 de la fábrica. Aumenta el flamear de las forjas,
 y su pulso uniforme parece acelerarse con el
 frenesí del ANCIANO.) ¡Te veo y te oigo! ¡Bum-
 bum-bum! ¡El latido de un corazón enfermo!

PATRONA (Desde el pasillo): ¡Cállese, viejo tonto,
 borracho, ha despertado usted a toda la casa!

VOZ DE MUJER (Desde fuera): ¡Terrible, terrible,
 terrible! ¡Locos en la casa!

ANCIANO: ¡Eres un monstruo que respira fuego!
 ¡Pero escúchame! ¡Porque voy a echar la mal-
 dición! ¡Seguid, seguid vosotros, rufianes mise-
 rables del mundo! ¡Vosotros, empresarios del
 engaño, traficantes de mentiras! ¡Nos tenéis
 acorralados, pero no nos habéis derrotado! ¡La
 pasión de nuestra resistencia está adquiriendo
 fuerza! ¡Podemos rugir también, vamos a ru-
 gir! ¡Os damos sólo un poco de respiro! ¡Os
 decimos: alimentaos, alimentaos! ¡Raza de glo-
 tones! ¡Devorad la carne de vuestros herma-
 nos, bebed su sangre! ¡Hartad vuestros mons-
 truosos vientres de corrupción! ¡Y cuando
 estéis demasiado cebados para poder moveros,
 este puño, que es el puño de Dios, se apretará
 para pegar, pegar, pegar!

(Rompe un cristal de la ventana. En este mo-
 mento se abre violentamente la puerta. La luz
 del pasillo se vierte sobre la habitación)

HUESPEDA (Desde fuera): ¡Cuidado, puede matar a
 alguien!

PATRONA: ¡Señora O'Fallon, cálese, quítese de en-
 medio! ¡Policia, entre!

(Entra un AGENTE DE POLICIA seguido de la PA-
 TRONA, en bata. Un grupo de huéspedes asusta-
 dos, de aspecto gris y pusilánime, se arracima
 tras ella en el umbral. El HOMBRECILLO está de
 pie, apretando al gato contra su pecho. Al AN-
 CIANO se le ha pasado el arrebató. Está de pie
 con la cabeza gacha bajo la banal luz de la
 bombilla eléctrica que enciende la PATRONA)

PATRONA (Al ANCIANO): ¡Aaah, viejo estúpido y bo-
 rracho, se me acabó la paciencia! Policia, llé-
 veselo. Enciérrelo hasta que recobre el juicio.

(El POLICIA coge al ANCIANO por el brazo)

POLICIA: Vamos, viejo.

¡Terrible, terrible,

que respira fuego!
voy a echar la mal-
dición, rufianes mise-
ros, empresarios del
maltrato! ¡Nos tenéis
derrotado! ¡La
Patrona está adquiriendo
poder, vamos a ru-
to de respiro! ¡Os
taos! ¡Raza de glo-
le vuestros herma-
dad vuestros monstros!
¡Y cuando
ra poder moveros,
¡Dios, se apretará

tana. En este mo-
la puerta. La luz
habitación)

do, puede matar a
ese, quítese de en

seguido de la PA-
huéspedes asusta-
time, se arracima
HOMBRECILLO está de
su pecho. Al AN-
bato. Está de pie
banal luz de la
le la PATRONA)
¡Yo estúpido y bo-
cia! Policía, llé-
recobre el juicio.
¡Arrebatarme el brazo)

HUESPEDA (*En el grupo de la puerta*): ¡Un tipo
peligroso, un criminal!

PATRONA (*Al grupo*): Vamos, vamos, vuelvan a la
cama. Se acabó el alboroto. (*El ANCIANO apenas
parece darse cuenta de que le sacan de allí. Los
demás se retiran tras él. El HOMBRECILLO hace
un gesto mudo, de protesta, y sigue sosteniendo
a NITCHEVO con un brazo contra su pecho. La
PATRONA cierra la puerta detrás de los otros. Se
vuelve, airada, hacia el HOMBRECILLO.*) ¡Usted!
¡Usted es el responsable! ¿No le dije que no
le diera cuerda cuando está borracho y se pone
a desbarrar? ¡Bueno!... ¿Por qué no dice algo?
(*Cierra de golpe la ventana.*) ¡Dios! Usted no
es un hombre, usted es un remedo de hombre!
¡Deje ya ese gato! ¡Suelte a ese animal! (*Le
arrebata a NITCHEVO y lo echa al suelo.*) Me odia.

HOMBRECILLO: No le gusta la brusquedad.

(*La mira fijamente*)

PATRONA (*Incómoda*): ¿A qué viene esa mirada?
¿Qué significa?

HOMBRECILLO: No la estoy mirando a usted. Estoy
mirando todo el mal que hay en el mundo. Apa-
gue la luz. He vivido demasiado tiempo en una
habitación que no tenía más que ventanas;
siempre era mediodía y no había cortinas que
correr. Apague la luz. (*Ella alza lentamente la
mano y apaga la luz. El, de repente, va hacia
ella y hunde la cabeza en su pecho.*) ¡Oh, her-
mosa y cruel gitana! ¡Cántame, cántame! ¡Con-
suélame en la oscuridad!

(*Al principio sigue rígida y hostil. Después,
cede y abraza el cuerpo encogido del HOMBRECI-
LLO y empieza a cantar en voz baja*)

Telón

(Una mañana de primavera. Las ramas que se ven
desde la ventana de la habitación tienen hojas nuevas
y tiernas que proyectan su sombra temblorosa sobre
los cristales. En la cama de hierro pintada de blanco
está sentado el Boxeador, en camiseta, quitándose los
callos con un cortaplumas. Con un débil chirrido se
abre la puerta. Entra el Hombrecillo. Tiene un aire
aturdido, parece como si hubiera salido de una larga
enfermedad.)

HOMBRECILLO (*Con voz apagada*): ¿Nitchevo?

BOXEADOR (*Con una mueca*): Lo siento, se equi-
vocó de puerta..., ¡mi nombre es Bill!

(*Señala a un punto de la pared donde ha gara-
bateado su firma con grandes letras. Sobre los
retratos del ruso, del gato y del HOMBRECILLO hay
una enorme X*)

HOMBRECILLO: Esta habitación era la mía.

BOXEADOR: Pues ya no lo es. A no ser que la pa-
trona me haya timado.

HOMBRECILLO: Usted... ¿se ha mudado aquí?

BOXEADOR: Sí. He colgado mis guantes de boxeo

en la pared. Y ahí están mis trofeos de plata. *(Señala los guantes colgados de un clavo y varias copas de plata colocadas sobre la mesa escritorio)*

HOMBRECILLO: Había... un gato.

BOXEADOR: ¿Un gato?

HOMBRECILLO: Sí.

BOXEADOR: ¿Suyo?

HOMBRECILLO: Sí. Era mío... por adopción. Pensé que podría... Esperaba encontrarlo aquí.

BOXEADOR *(Mirándole curioso y divertido)*: En eso no puedo ayudarle.

HOMBRECILLO: ¿No ha visto usted un gato? ¿Un gato gris? *(Se toca el pecho.)* ¿Con manchas blancas?

BOXEADOR: Francamente, he visto docenas de gatos de todas clases. *(Fuera, en otra parte de la casa, la PATRONA comienza a cantar una de sus pegadizas canciones gitanas. Mientras habla, el BOXEADOR vuelve a quitarse los callos con expresión amistosa.)* ¡He visto gatos grises, negros, blancos, manchados, salpicados y espurreados! Mis relaciones con los gatos son estrictamente... *¡laissez faire!* ¿Sabe lo que quiere decir eso, amigo? Vive y deja vivir..., un lema. Nunca me he molestado... *(Levanta la vista pensativamente)* en hacer daño a un gato. Pero cuando alguno me molesta a mí, por lo general, ¡le doy un puntapié! *(El HOMBRECILLO le mira sin habla.)* ¿Puedo darle alguna otra información?

HOMBRECILLO: Verá, yo trabajaba en la fábrica.

BOXEADOR: ¿Ah, sí?

HOMBRECILLO: Me despidieron, yo... no podía con el trabajo. ¡Los dedos... se me quedaban helados! Al volver a casa, yo..., me ocurrió algo. Me llevaron a las Hermanas de la Merced. *(El BOXEADOR da un gruñido.)* No tengo ni idea de cuántas semanas pasé allí. En observación...

mental. Cuando salí... pensé qué habría sido de mi gato y eso fue esta mañana. He venido... a recogerlo.

BOXEADOR: Yo no lo he visto, amigo.

HOMBRECILLO *(Desesperado)*: ¿No ha... trepado por la ventana?

BOXEADOR: No. Si lo hubiera hecho no hubiera sido muy bien recibido.

HOMBRECILLO: ¿No ha... venido por aquí, entonces?

(Su voz se quiebra, le tiemblan los labios. El BOXEADOR le mira con incredulidad. De repente se echa a reír. Sin poder evitarlo, el HOMBRECILLO rie con él, inconteniblemente, hasta perder el aliento. Por unos momentos rien juntos; después, de pronto, la cara del HOMBRECILLO se crispa. Se la cubre con las manos y solloza. El BOXEADOR profiere una exclamación de asombro. Realmente es demasiado. Cruza la habitación en dos zancadas y abre la puerta)

BOXEADOR *(Gritando)*: ¡Bella! ¡Bella! ¡Eh, Bella!

(La PATRONA responde. Momentos después aparece en la puerta. Su sencillez general ha desaparecido. Se ha rizado el cabello y lleva un vestido ajustado y bisutería de relumbrón. Hay en ella ahora una opulencia reluciente y equívoca)

PATRONA: ¡Ah! Usted. Me dijeron que le habían echado de la fábrica. Lo siento. La habitación está alquilada. Ahora la ocupa este caballero. Sus cosas, lo poco que tenía, están empaquetadas en el armario de abajo. Puede usted recogerlo al salir. *(El HOMBRECILLO rebusca en sus bolsillos y saca un trapo sucio. Se suena con él.)* No puedo permitirme el lujo de tener habitaciones sin alquilar. Tengo que ser una mujer práctica, ¿no? Yo no le engañé con falsas apariencias. Recuerde la primera conversación que tuvimos, antes de que usted hubiera decidido

ramas que se ven
tienen hojas nuevas
ra temblorosa sobre
o pintada de blanco
iseta, quitándose los
un débil chirrido se
cillo. Tiene un aire
salido de una larga

¿Nitchivo?
siento, se equi-
es Bill!
d donde ha gara-
letras. Sobre los
HOMBRECILLO hay

a la mía.
o ser que la pa-

dado aquí?
uantes de boxeo

¿qué habría sido de
ana. He venido... a

amigo.
¿No ha... trepado

cho no hubiera sido

por aquí, entonces?
*blan los labios. El
lulidad. De repente
itarlo, el HOMBRECILLO
iente, hasta perder
os ríen juntos; des-
HOMBRECILLO se cris-
anos y solloza. El
ación de asombro.
za la habitación en
a)*

Bella! ¡Eh, Bella!
entos después apa-
ez general ha des-
cabello y lleva un
de relumbrón. Hay
reluciente y equi-

ron que le habían
ato. La habitación
pa este caballero.
están empaqueta-
Puede usted reco-
lo rebusca en sus
cio. Se suena con
ujo de tener habi-
ue ser una mujer
ñé con falsas apa-
conversación que
hubiera decidido

ni siquiera alquilar la habitación. Le dije que
mi carácter no tenía nada de blando. Que era
una persona sincera y decente, pero no senti-
mental. Así es la vida... ¡y hay que tomarla
como viene!

HOMBRECILLO: Usted... venía por las noches y...
cantaba.

BOXEADOR: ¡Hum!

HOMBRECILLO (*Asombrado*): Cantaba...

PATRONA: ¿Y qué? Tuvo usted diversión gratis.

Pero eso no quiere decir que me dejara llevar
de sentimentalismos con usted.

(*El HOMBRECILLO sacude la cabeza*)

HOMBRECILLO: ¿Nada?

PATRONA: ¿Qué?

HOMBRECILLO: ¿Nada?

BOXEADOR (*Cargado*): ¿Qué es esto? ¿Qué pasa
aquí? ¿Esta habitación es mía o de otro? (*Coge
sus guantes de la pared.*) ¡Devuélvame los cin-
co dólares que la pagué y me largo!

PATRONA: ¡Para el carro!

BOXEADOR: ¿Yo o él?

PATRONA: ¡Tú, bocazas! ¡Calma!

BOXEADOR: No, no quiero. No me gusta esta clase
de asuntos. ¡Alquilo una habitación y no quie-
ro que vengan visitantes chiflados llorando por
la desaparición de un gato!

PATRONA: ¡Calma, por el amor de Dios! ¿Es esto
una crisis nacional? ¡Señor... Chile con carne!
¡Como se llame! Váyase, por favor.

HOMBRECILLO (*Recobrando su dignidad*): Me voy.
Sólo quería preguntarle dónde está el gato.

PATRONA (*Con altivez*): No puedo responder a esa
pregunta. Lo eché de aquí.

HOMBRECILLO: ¿Cuándo?

PATRONA: No recuerdo. Hace dos o tres semanas,
quizá.

HOMBRECILLO (*Con desesperación*): ¡No!

BOXEADOR: Dios.

HOMBRECILLO: No, no, no.

PATRONA (*Furiosa, a los dos*): ¡Cállense! ¿Por
quién me toma? Hay gente con desfachatez...
¿Pretende que hiciera de niñera de un gato ca-
llejero enfermo?

(*Pausa*)

HOMBRECILLO: ¿Enfermo?

PATRONA: ¡Sí! ¡Quejándose! ¡Espantoso!

HOMBRECILLO: ¿Qué le pasaba?

PATRONA: ¿Y cómo iba yo a saberlo? ¿Acaso soy
vitirinario? Se pasaba las noches maullando y
organizaba un escándalo terrible. Sí, como está
haciendo usted ahora. Le eché de aquí. Y cuan-
do volvió a entrar sigilosamente le eché agua
fría, ¡tres o cuatro veces! ¡Y ya, por fin, por
fin, entendió que no debía volver! Eso es todo
lo que tengo que decir sobre ese asunto.

HOMBRECILLO (*Mirándola fijamente*): ¡Ordinaria...,
fea..., gorda...! (*Lo repite más de prisa.*) ¡Or-
dinaria, fea, gorda, ordinaria, fea, gorda!
(*Ella, furiosa, le da una bofetada. El BOXEADOR
le agarra por los hombros y le hace salir por la
puerta de un puntapié*)

BOXEADOR: ¡Vamos! ¡Maldita sea! ¡Una casa de
locos!

PATRONA: ¡Aaaaaaa! ¡El muy...!

HOMBRECILLO (*Gritando a través de la puerta*):
¿Dónde está? ¡Nitchevø, Nitchevø! ¿Dónde
está? ¿Dónde ha ido? ¡Nitchevø, Nitchevø!
¿Dónde?

PATRONA (*Gritándole también*): ¡Santo Dios!, ¿qué
me importa a mí dónde fuera ese asqueroso
gato? ¡Por mí se puede haber ido al infierno!
¡Salga de la casa y deje de gritar! ¡Llamaré a
la Policía!

(*El HOMBRECILLO no contesta y da la espalda a
la puerta, que obstruye el BOXEADOR*)

: ¡Cállense! ¿Por
con desfachatez...
lera de un gato ca-

Espantoso!

berlo? ¿Acaso soy
oches maullando y
ible. Sí, como está
é de aquí. Y cuan-
ente le eché agua
Y ya, por fin, por
lver! Eso es todo
ese asunto.

(ite): ¡Ordinaria...,
ás de prisa.) ¡Or-
fea, gorda!

tada. El BOXEADOR
hace salir por la

¡Una casa de

s de la puerta):
nitchevo! ¿Dónde
chevo, Nitchevo!

Santo Dios!, ¿qué
ese asqueroso
ido al infierno!
itar! ¡Llamaré a

da la espalda a
BOXEADOR)

BOXEADOR: ¡Uf! Sí, una casa de locos.

PATRONA: Ha perdido el juicio. Completamente.
(Se limpia la cara con la manga y se arregla
el vestido.) ¿Se ha ido? ¿Oyes algo?

BOXEADOR: Sí. Está bajando la escalera.

PATRONA: ¡Dios mío! Detesto que la gente haga
escenas así. ¡Imagínate! ¡Hacerme responsable
de un gato enfermo! (Resuella un poco.) Ordina-
ria, fea, gorda... Supongo que lo soy. Pero
¿quién no lo es?

(Se deja caer agotada en la cama. El BOXEADOR
está de pie junto a la ventana, liando un ciga-
rillo)

BOXEADOR: Ha salido por la parte trasera de la
casa.

PATRONA: ¿Y qué está haciendo allí?

BOXEADOR: Rebusca por el callejón, llamando al
gato.

(Se oye al HOMBRECILLO a lo lejos: «¡Nitchevo!»)

PATRONA: Inútil. Nunca lo encontrará. (De repen-
te se oyen gritos de júbilo. El BOXEADOR se aso-
ma a la ventana y rie entre dientes. Los rayos
de luz oblicuos adquieren un matiz más cálido
y suave. Se oye una música distante.) ¿Qué
pasa ahora?

BOXEADOR: ¿Lo están celebrando?

PATRONA: ¿Celebrando el qué?

BOXEADOR (Encendiendo el cigarrillo y poniendo
un pie en el antepecho): El viejo chiflado de los
bigotes ha encontrado al gato.

PATRONA: ¿Que lo ha encontrado? ¿Quién dices
que lo ha encontrado?

BOXEADOR: El viejo, tu suegro.

PATRONA: El viejo no puede haberlo encontrado.
(Se levanta lánguidamente y va hacia la venta-
na.) ¿Cómo iba a poder encontrarlo? El viejo
está ciego.

BOXEADOR: Pues lo encontró. Y ahí van.

El más extraño idilio

(La PATRONA se asoma admirada a la ventana.
El BOXEADOR le pasa el brazo por la cintura. La
luz es dorada, la música es apagada y suave)
PATRONA: Bueno, bueno. Así que se van juntos.
¡La pareja más rara que se pueda imaginar!
¡La sombra de un hombre y un gato que se
llama Nitchevo! Me alegro... ¡Adiós!
(La música suena más fuerte y triunfante)

Telón

*mirada a la ventana.
zo por la cintura. La
es apagada y suave)
que se van juntos.
se pueda imaginar!
e y un gato que se
... ¡Adiós!
rie y triunfante)*

El largo adiós

Personajes

JOE
MYRA
MADRE
SILVA
BILL
CUATRO MOZOS DE MUDANZAS

Escena

Apartamento F, tercer piso de la fachada sur de una casa de vecindad situada en un barrio deslavado de una gran ciudad del oeste medio de los Estados Unidos. Fuera pasan con estruendo los camiones por las sombrías calles y los niños juegan gritando en los patios que dan acceso a los sótanos, entre polvorientos muros de ladrillo rojo. A través de las ventanas de la fachada, en la pared de la izquierda, la luz de la media tarde se derrama sobre los tristes muebles de la habitación. Más allá de las ventanas está la puerta de entrada, y en el centro de la pared del fondo una puerta grande que da a un pasillo del apartamento, donde hay un teléfono sobre una repisa. En la pared de la derecha, una puerta da acceso a un dormitorio. Los muebles están ajados y en desorden, como si hubiesen presenciado la súbita desaparición de veinticinco años de vida furiosa, desesperada, entre ellos, y ahora sólo esperasen que los encargados de la mudanza se los llevaran.

Del apartamento contiguo llega el sonido de una radio que retransmite el partido de beisbol desde el Parque de los Deportes. JOE, un muchacho de veintitrés años, está sentado a una mesa colocada junto a las ventanas repasando un manuscrito.

Tiene delante una máquina de escribir portátil en la que hay metida una página del manuscrito; en el suelo, junto a la mesa, una maleta muy estropeada. JOE lleva una camiseta y unos pantalones viejos. El ruido de la retransmisión le molesta y baja de golpe las ventanas, pero sigue oyéndose igual que antes. Se levanta, dirigiéndose a la puerta de la derecha, y cierra otras ventanas.

El sonido de la radio decrece y JOE vuelve, encendiendo un cigarrillo, con cara de mal humor. SILVA, un muchacho italiano, menudo, agraciado y simpático, abre la puerta de entrada y entra. Es de la edad de JOE. A modo de saludo hace una mueca y después se quita la camisa.

JOE: ¡Radios, partidos de beisbol! ¡Eso es lo que me impide escribir otra cosa que no sean porquerías!

SILVA: ¿Sigues con eso?

JOE: Toda la noche y todo el día.

SILVA: ¿Por qué?

JOE: Estaba nervioso. No podía dormir.

SILVA (*Echando una ojeada a la página metida en la máquina.*) Estás derrochando energía, chico... (*Se separa de la mesa y cruza la habitación.*) Y en mi modesta opinión, no vale la pena. Creía que te mudabas hoy.

JOE: Y me mudo. (*Se deja caer en la silla y tacha una línea. Después saca la hoja.*) Llama a los de la mudanza. Deberían estar aquí ya.

SILVA: ¿Sí? ¿Qué compañía es?

JOE: Guardamuebles Langan.

SILVA: ¿Vas a meter estos trastos en un guardamuebles?

JOE: Sí.

SILVA: ¿Para qué? ¿Por qué no los vendes?

JOE: ¿Al traperero por cuatro perras?

SILVA: Meterlos en un guardamuebles te cuesta dinero. Si los vendes consigues unas perras para empezar.

JOE: ¿Empezar qué?

SILVA: Lo que vayas a empezar.

JOE: Conseguí algún dinero. El seguro de mi madre. Le di la mitad a Myra, ciento cincuenta para cada uno. ¿Sabes adónde me voy?

SILVA: No. ¿Adónde?

JOE: A Río. O a Buenos Aires. Estudié español en la escuela superior.

SILVA: ¿Y qué?

JOE: Conozco el idioma. Me irá bien.

SILVA: ¿Trabajando para la Standard Oil?

JOE: ¿Por qué no? Llama al guardamuebles.

SILVA (*Yendo hacia el teléfono*): Es mejor que te quedes aquí. Saca el dinero del Banco y continúa el proyecto.

JOE: No. No me quedo. Todo esto está muerto para mí. El pez rojo se ha muerto. Me olvidé de darle de comer.

SILVA (*Al teléfono*): ¿Lindell cero ciento veinticuatro... Guardamuebles Langan? Aquí es el apartamento Bassett. ¿Cómo no han venido todavía sus hombres?... ¡Ah! (*Cuelga el aparato.*) El camión está en camino. Junio es un mes de muchas mudanzas. Supongo que tienen mucho trabajo.

JOE: No debía haber dejado la pecera ahí al sol. Probablemente el pobre bicho se coció.

SILVA: Apesta.

(*SILVA coge la pecera*)

JOE: ¿Qué vas a hacer con él?

...rastos en un guarda-

...no los vendes?
...perras?
...lamuebles te cuesta
...ues unas peras para

...ir.
...l seguro de mi ma-
...a, ciento cincuenta
...de me voy?

Estudié español en

...bien.
...andard Oil?
...rdamuebles.
...Es mejor que te
...el Banco y conti-

...esto está muerto
...uerto. Me olvidé

...ciento veinticua-
...Aquí es el apar-
...venido todavía
...el aparato.) El
...un mes de mu-
...tienen mucho

...cera ahí al sol.
...e coció.

SILVA: Echarlo por el retrete.

JOE: Está cortada el agua.

SILVA: Oh, bueno.

(Sale por la puerta del dormitorio)

JOE: ¡Por qué distingue Dios entre el pez rojo y el gorrión! (Ríe.) No se respeta a los muertos.

SILVA (Volviendo): Estás perdiendo tu conciencia social, Joe. ¡Deberías decir: «a menos que sean ricos»! Una vez leí que un millonario enterró a su canario muerto en un pequeño ataúd de oro tachonado de diamantes auténticos. Debió ser un hermoso cuadro. Las plumas amarillas sobre el raso blanco, y las lágrimas del millonario cayendo como diamantes a la luz del sol... ¡Quizá habría un coro de niños cantando! Como la muerte en las películas. Que es siempre algo hermoso. Aun para un artista, yo diría que llevas el pelo demasiado largo. Moviendo un poco las caderas podrías pasar por una diablesa. ¿Un cigarrillo?

JOE: Gracias. ¡Dios!

SILVA: ¿Qué pasa?

JOE: ¿A qué te huele esto?

(Le da una página del manuscrito)

SILVA: Hmmm. Percibo un olorcillo a tocino frito.

JOE: ¿Repugnante?

SILVA: Bueno, no es lo mejor que has hecho. Sería preferible que continuases el Proyecto. Hemos acabado con la guía de la ciudad.

JOE: ¿Qué vais a escribir ahora?

SILVA: Dios bendiga a Harry L. Hopkins novecientas noventa y nueve veces. No... Conseguí un encargo interesante. Lo llamo «Fantasmas en el viejo Palacio de Justicia». La época en que se vendían allí esclavos... Esto es malo. Este parlamento de la chica: «Quiero tenerte dentro de mi cuerpo no solamente el tiempo que se

tarda en hacer el amor en una cama, entre el tintinear del hielo en el último vaso de whisky y el tintinear de la furgoneta de la leche...»
JOE (Arrancándole la página de las manos): Debía estar lelo.

SILVA: ¡Debías estar caliente!

JOE: Lo estaba. El verano y el celibato no se combinan muy bien. Buenos Aires...

MOZO 1.º (Desde la escalera): ¡Guardamuebles Langan!

JOE (Yendo hacia la puerta): Aquí es. (Abre la puerta y entran en tropel los cuatro corpulentos mozos de mudanzas, sudando, arrastrando los pies, mirando a su alrededor con miradas rápidas e indiferentes.) Saquen primero lo de dentro, ¿eh, muchachos?

MOZO 1.º: De acuerdo.

SILVA: ¿Se suda, eh?

MOZO 2.º: Mucho.

MOZO 3.º (Entrando al trote): «¡Estás lleno de ilusiones!» ¿Qué hora es, chico?

JOE: Las cuatro treinta y cinco.

MOZO 3.º: Tenemos que tomarnos hora y media cuando terminemos este trabajo. ¿Cómo acabó el partido?

JOE: No sé

(Les mira entristecido)

MOZO 2.º: ¿Y a ti qué, novato? ¡Muévete!

(Ríen y salen por el pasillo del fondo. Después se les oye desarmar una cama)

SILVA (Advirtiendo la melancolía de JOE): Vámonos de aquí. Es deprimente.

JOE: Tengo que cuidar de los trastos.

SILVA: Vamos a tomar una cerveza. Han abierto un bar en Laclede donde te dan una jarra por diez centavos.

JOE: Espera un poco, Silva.

SILVA: Bueno.

(*Pasan los MOZOS con las piezas de una cama.*)

JOE *los mira, inmóvil, con el rostro contraído*)

JOE: Esa es la cama en que yo nací.

SILVA: ¡Por Dios! ¡Y mira cómo la tratan..., como si fuera una cama corriente!

JOE: Myra también nació en esa cama. (*Los MOZOS salen por la puerta.*) En ella murió mi madre.

SILVA: ¿Sí? Fue muy rápido para ser cáncer. La mayoría resiste más tiempo y tiene unos dolores infernales.

JOE: Ella se suicidó. Encontré el frasco vacío aquella mañana en una papelería. No era el dolor lo que la asustaba, sino las cuentas del médico y del hospital. Quería que cobráramos el seguro.

SILVA: No lo sabía.

JOE: No. Guardamos el secreto... ella, yo y el médico. Myra nunca lo supo.

SILVA: ¿Dónde está Myra ahora?

JOE: La última vez que supe de ella, en Detroit. Recibí una tarjeta. Aquí está.

SILVA: Una fotografía del Club Náutico. ¿Qué está haciendo..., deportes náuticos?

JOE (*Malhumorado*): No, no sé lo que está haciendo. ¿Cómo voy a saberlo?

SILVA: ¿No lo dice? (*JOE no responde.*) Era una chiquilla realmente encantadora... hasta que de pronto...

JOE: Sí. Todo se desbarató cuando murió mamá.

SILVA (*Cogiendo una revista*): ¡Revistas baratas! No me extraña que le hagas ascos al Proyecto. ¡Hemingway! ¿Sabes que tiene un estilo muy fluido? (*JOE se pone de pie como extasiado cuando los MOZOS pasan hacia el fondo.*) Ha estado con las fuerzas leales en España. Luchando en las trincheras del frente, según dicen. ¡Y toda-

vía hay críticos que dicen que lleva un postizo en el pecho! ¡Reaccionarios!

(*SILVA se pone a leer. MYRA entra silenciosamente en la habitación. Joven, radiante, con el vibrante atractivo que le da el recuerdo*)

JOE: ¿Sales esta noche, Myra?

MYRA: Ajá.

JOE: ¿Con quién?

MYRA: Con Bill.

JOE: ¿Quién es Bill?

MYRA: Un tipo que conocí en el concurso de natación del Club Bellerive.

JOE: No creo que una piscina sea el lugar más adecuado para escoger a los chicos con quienes sales, Myra.

MYRA: Claro que lo es. Siempre que se esté bien en traje de baño. (*Se quita el quimono.*) Tráeme mi traje de vestir blanco. No, más vale que vaya yo. Te sudan las manos.

(*Sale por la puerta del dormitorio*)

JOE: ¿Qué fue de Dave y Hugh White y de aquel..., aquel chico de Kansas City?

MYRA (*Vuelve vestida con un traje de fiesta blanco*): ¿Quién? ¿Aquéllos? Dios mío, no lo sé. Mira. Engánchame esto.

JOE: Creo que lo que tienes en el corazón es una puerta giratoria.

MYRA: Ya. La radio es una gran institución, ¿eh, Joe? (*Cepillándose rápidamente el pelo.*) Estoy tan harta de la radio. Papá la tiene puesta todo el tiempo. Se me encoge el alma de verlo. Siempre ahí sentado, ahí sentado, ahí sentado. No dice ni palabra ya nunca.

JOE: Deberías esforzarte por hablar un poco mejor.

MYRA: Demonios, no soy un ratón de biblioteca. ¿Qué tal?

JOE: Muy elegante. ¿Dónde vas?

n una cama, entre el último vaso de whisky y la teta de la leche...» (*de las manos*): De-

! el celibato no se com- ices... 1): ¡Guardamuebles

: Aquí es. (*Abre la s cuatro corpulentos do, arrastrando los or con miradas rá- 1en primero lo de*

«¡Estás lleno de ico?»

ios hora y media ajo. ¿Cómo acabó

¡Muévete! el fondo. Después 1) i de JOE): Vámo-

astos. eza. Han abierto in una jarra por

le lleva un postizo
 ntra silenciosamen-
 adiante, con el vi-
 ! recuerdo)

l concurso de na-
 sea el lugar más
 hicos con quienes
 que se esté bien
 quimono.) Tráe-
 No, más vale que
 del dormitorio)
 hite y de aquel...,
 e de fiesta blan-
 mío, no lo sé.
 corazón es una
 institución, ¿eh,
 el pelo.) Estoy
 ene puesta todo
 de verlo. Siem-
 hí sentado. No
 bblar un poco
 de biblioteca.

MYRA: Chase Roof. Bill no es ningún roñoso. Su gente tiene la plata a espuestas. Viven allá en Huntleigh..., cerca de Ladue. Bendito Dios. Está..., ¡caray! ¡Abre esa ventana! ¿Está nublado?

JOE: No. Claro como el cristal.

MYRA: Eso está bien. ¡Bailar bajo las estrellas! (Suena el timbre.) Es él. Ve a la puerta. (JOE mira a la puerta cuando entra BILL)

JOE: ¿Por qué ir a Suiza, eh?

BILL: ¿Qué? (Ríe con indiferencia.) Oh, sí. ¿Está lista?

JOE: Siéntese. Saldrá en seguida.

BILL: Muy bien.

JOE (Quitando periódicos del sofá): Ya ve, leemos los periódicos. Estamos al tanto de la actualidad. ¿La página de deportes?

BILL: No, gracias.

JOE: Los Cards ganaron un partido doble. Joe Mewick hizo una carrera completa de un solo golpe con dos hombres en el segundo. ¿Los chistes?

BILL: No, gracias. Ya he visto los periódicos.

JOE: Oh. Pensé que quizá no había podido. Como es tan temprano...

BILL: Son las nueve menos cuarto.

JOE: ¿Es rara, verdad?

BILL: ¿Qué?

JOE: La lámpara. Creí que estaba mirándola.

BILL: No me había fijado.

JOE: Siempre me recuerda un poco la sopa de champiñón. (BILL le mira sin un asomo de sonrisa.) Me ha dicho Myra que vive usted en Huntleigh.

BILL: ¿Sí?

JOE: Debe ser muy agradable aquello. En verano.

BILL: A nosotros nos gusta. (Se pone de pie.)

Oiga, ¿no podría dar a su hermanita un tercer aviso o lo que haga falta?

JOE: Saldrá cuando esté lista.

BILL: Eso es lo que me temo.

JOE: ¿Es la primera vez que sale con una muchacha, Bill?

BILL: ¿Qué quiere usted decir?

BILL: Según mi experiencia, las chicas no siempre salen disparadas de su tocador en el momento mismo en que el chico pasa a recogerlas.

BILL: ¿No? Pero yo creía que de una campeona de natación se podría esperar más velocidad. (Llamándola.) ¡Eh! ¡Myra!

MYRA (Mira a la pared como si fuera un espejo): ¡Sí, Bill, salgo ahora mismo!

JOE: ¿Quiere disculparme?

BILL: Oh, sí.

JOE (Mirando a MYRA): Este Bill tuyo es un hijo de puta. Si sigo un minuto más con él le cruzo la cara.

MYRA: Entonces vale más que no estés con él, porque me gusta. ¿Qué vas a hacer esta noche, Joe?

JOE: Quedarme en casa y escribir.

MYRA: Te quedas en casa y escribes demasiado. ¿Estás sin blanca? Aquí tienes un dólar. Llama a esa chica que escribe versos, Doris. Tiene que salirle un buen soneto bajo las influencias oportunas. Demonio..., no voy a ponerme medias. ¡Voy, Bill! ¡Mírame el cuello por detrás! ¿Está sucio? ¡Dios! (Se perfuma.) Hay que bañarse tres veces al día para estar limpia con este tiempo. Doris. ¿Se llama así? ¡Apuesto a que podrías conseguirla sin gran esfuerzo!

JOE: Myra. No hables así.

MYRA: ¡Qué pelma eres!

JOE: No, no suena bien en una chiquilla de tu edad.

MYRA: ¡Tengo el doble de años que tú! ¡Adiós, Joe!

JOE: Adiós, Myra.

MYRA (*Se vuelve hacia BILL con una sonrisa deslumbradora*): ¡Hola, querido!

BILL: Hola. Salgamos de este horno.

MYRA: Sí.

(*Salen*)

(*Entran los MOZOS con una cómoda*)

MOZO 1.º: Despacio.

MOZO 2.º: ¿La tienes?

MOZO 1.º: Sí. ¿Quién fue el cabrón que cerró esa puerta?

JOE: Yo la abriré. Cuidado al bajar esas escaleras.

SILVA (*Levantando los ojos de la revista*): Un espejo roto son siete años de mala suerte.

JOE: ¿Es verdad eso? La cigüeña debió dejarnos caer sobre un montón de ellos cuando nacimos. ¿Qué tal es el cuento?

SILVA: Buen material.

JOE (*Mirando el título*): La mariposa y el tanque. Ese lo he leído.

VOZ DE NIÑO (*Desde la calle*): ¡Ratón, que te pilla el gato; ratón, que te va a pillar!

JOE (*Pensativo*): Ratón, que te pilla el gato... ¿Nunca jugaste a ese juego?

SILVA: No. En nuestro barrio los chiquillos que juegan así son maricas.

JOE: Nosotros jugábamos a eso. Myra y yo. Subiendo y bajando por las escalerillas de incendios, entrando y saliendo en los sótanos...

¡Dios! ¡Qué bien lo pasábamos! ¿Qué les pasa a los niños cuando crecen?

SILVA: Que crecen.

(*Pasa una página*)

JOE: Sí, crecen.

(*Se eleva en el silencio el ruido de unos patines en la acera, a medida que se desvanece la luz.*)

Sólo queda iluminada con un foco la puerta que da acceso al dormitorio)

MADRE (*Con voz suave, desde el dormitorio*): ¿Joe? ¡Oh, Joe!

JOE: ¿Sí, madre?

(*Aparece en la puerta la MADRE, una mujer menuda, gastada, envuelta en una bata deslucida y con una expresión preocupada y confusa*)

MADRE: ¿Joe, no te acuestas?

JOE: Sí. En seguida.

MADRE: Creo que ya has escrito bastante esta noche, Joe.

JOE: Estoy terminando. Sólo quiero acabar esta frase.

MADRE: Myra no ha vuelto aún.

JOE: Fue al Chase Roof.

MADRE: ¿No podrías ir con ella alguna vez? ¿Conoces a los chicos con quienes sale?

JOE: No, no puedo entrometerme en sus relaciones. Demonios, si tuviera un empleo no podría pagar propinas por todos los que salen con ella.

MADRE: Me tiene preocupada.

JOE: ¿Por qué? Ella dice que es mayor que yo, mamá, y creo que tiene razón.

MADRE: No, no es más que una niña. Háblale, Joe.

JOE: De acuerdo.

MADRE: Siento que se haya colocado, Joe. Debía haber seguido estudiando en la escuela superior.

JOE: Ella quería cosas..., dinero, trajes..., no puedes censurarla. ¿Ha salido papá?

MADRE: Sí... Ha dejado la natación.

JOE: La echaron del equipo Lorelei.

MADRE: ¿Por qué, Joe?

JOE: Nunca respetaba las normas de entrenamiento. Qué demonio, yo no puedo atajarla.

MADRE: A ti te escucha.

JOE: No mucho.

MADRE: Joe...

JOE: ¿Sí?